

FRANÇOIS PERROUX

## LA CREACIÓN COLECTIVA EN LA ECONOMÍA DE NUESTRO TIEMPO

EXPLORACIÓN, descubrimiento, invención, innovación; he aquí algunos términos que son consonantes para el último tercio del siglo xx. No provienen de literatos, sino de sabios especializados en la energía atómica y en la conquista espacial, quienes reconocen que nos encontramos en el umbral de un "nuevo renacimiento". Simultáneamente, los filósofos sugieren que nuestra especie está a punto de humanizarse, inventando el ambiente propicio para su pleno desenvolvimiento.

La amplitud conscientemente exaltada de la perspectiva, junto con la potencia excepcional de los medios disponibles, supera a todas las situaciones anteriores; una acumulación secular de tareas fatigosas y de penalidades ha desencadenado el espíritu de novedad y hecho surgir la oportunidad para la creación científica, técnica e industrial.

El trabajo, es decir, el esfuerzo penoso y orientado hacia lo útil, parece estar en camino de evolucionar: la máquina tiende a absorber una parte creciente del esfuerzo; la dimensión y la naturaleza de las nuevas obras materiales, las lleva a sobrepasar la utilidad y a procurar al trabajo un sentido que no lo limita ya a lo útil.

Las innovaciones especiales y los procedimientos con que la nueva técnica de fabricación se presenta como parte de un complejo conjunto de aparatos técnicos y de múltiples informes, estando todo esto en renovación, adquiere una eficacia novedosa y es capaz de una resonancia imprevisible e indefinida.

El trabajo acumulado y las innovaciones acumuladas proporcionan materiales a una ideología de la creación que es palpitante y se manifiesta en las dos sociedades industriales más grandes que existen. El ruso y el norteamericano se sienten, se saben y desean proclamarse creadores. Poco importa recordar que el hombre en realidad no crea nada *ex nihilo*, que sólo da formas nuevas al mundo exterior y se las da a sí mismo; sin

embargo, esta evidencia no aparta al hombre contemporáneo de reivindicar el papel de creador.

Cuando Dedekind escribe: "Somos de raza divina y poseemos el poder de crear", su proposición, por ambigua que sea y tal vez porque lo es, expresa el deseo de las *élites* rusas o norteamericanas interpretando el movimiento de sus sociedades.

La ciencia rusa, el hombre soviético y las realizaciones de la U.R.S.S. confirman bajo muchas formas las bellas declaraciones de M. Gorki en la sesión plenaria del Soviet de Bakú en el otoño de 1928; él celebra: "la naturaleza salida de las manos del hombre, la segunda naturaleza que nosotros creamos sobre la tierra, oponiéndonos a la primera". El hombre es, esencialmente, "creador de la segunda naturaleza", y es debido a que el hombre ruso ha comprendido este papel sin inhibición ni timidez, que él es "joven no sólo biológica sino también históricamente". "Se siente creador de un mundo nuevo." "Camarada, debes saber y creer que tú eres el hombre más necesario sobre la tierra, tú verdaderamente has comenzado a crear un mundo nuevo."

Los emigrantes reformados que antaño salieron de Europa a bordo del *May-Flower* para establecerse en el Nuevo Mundo, han estado obligados a hacer en efecto un "Mundo Nuevo". El espíritu de los peregrinos, de los pioneros y de los *founding fathers*, creó el *habitat* de una sociedad económica transformada luego en industrial. Las recetas de una sociedad traficante, copiadas de la economía dominante del siglo XIX, Inglaterra, fueron empleadas en su contra; primero para la descolonización, y después para dominar al mundo.

El espíritu de novación, sin embargo, no fue abatido a pesar del utilitarismo bastante estrecho, el pragmatismo miope y la obsesión de las aplicaciones inmediatas; se acompañaba, como es natural, de la convicción de que existe un *american way of life* y de que ésta es exportable.

Desde que el gran debate con Moscú se abrió, fue necesario que la "investigación-desarrollo" se organizara y se pusiera bajo el control público y se bosquejara la búsqueda de un tipo de hombre para el porvenir: el ciudadano de la sociedad de la abundancia y de la libertad. Diversas tendencias que superan el ideal del *confort* y del bienestar, pueden verse en los Estados Unidos: la *leadership* mundial, altamente reivindicada, implica que el líder pueda cambiar materialmente el mundo, pero no sin ofrecer el modelo de un hombre nuevo.

Lo que es común a estos dos esfuerzos y a estas dos sociedades contemporáneas, que son las más evolucionadas, se define al extremo de sus logros. Mediante sus mejores espíritus y equipos, la humanidad está com-

prometida en actividades y tiende a realizaciones que en el Occidente se han considerado siempre como lo propio del ser divino. El hombre no sólo ha captado las energías naturales, suscitado formas absolutamente nuevas de la materia y desintegrado el átomo; sabe producir monstruos biológicos y trata de provocar mutaciones; hace vivir indefinidamente los tejidos en medios artificiales, se interesa en la muerte aparente y se interroga sobre el alcance exacto de la expresión: "resucitar a los muertos"; ha progresado en el conocimiento de la partenogénesis y practica la fecundación artificial del ganado. Si se interesa a tal punto en el animal, es porque espera aplicar al hombre mismo los conocimientos adquiridos: ¿creará la vida y la vida humana? ¿Hará hombres pequeños en lugar de soñar en homúnculos al fondo de la retorta fáustica? ¿Podrá, mediante modificaciones de la química y de la física del cuerpo, influir sobre las secreciones endócrinas, y colocando a los sujetos en los medios adecuados, "fabricar" la inteligencia o la necedad, el valor o la cobardía? ¿Y quién de entre nosotros los fabricaría, para qué y en beneficio de quién? El diálogo humano se extingue, si yo "fabrico" mi interlocutor a mi gusto o si él posee sobre "mí", recíprocamente, el poder que he ejercido sobre él, para convertirlo en otro, en caso de que me aceche para obligarme a renunciar a mí mismo; esta violencia íntima y definitiva ejercida entre asociados o por un tercero que los construye como marionetas, aniquila la experiencia secular y los lentos progresos del diálogo entre las conciencias libres.

El día en que el hombre supo desintegrar el átomo comenzó una nueva revolución. Pero una novedad más revolucionaria puede surgir cuando comience la conquista del cosmos al poner en órbita satélites artificiales y al crear planetoides artificiales al sol. Estos éxitos conexos y acelerados han rendido más que el conocimiento profundo de las leyes que rigen a la tierra, al cambiar el punto de vista, la dirección de la mirada y el gesto de la ciencia; ella va en adelante del cosmos hacia la tierra y hacia el hombre que en ella vive, pero sin verlo ya a ella fijo.

La naturaleza se vuelve cósmica, ya no es principalmente terrestre. En la medida en que es un ser natural, el hombre aparece como un fragmento del cosmos; su palabra, mediante instrumentos apropiados, resuena en el universo; pasó el tiempo en que el poeta despertaba una especie de emoción extrema al decir: "¡Aquí habla la sabiduría y resuena esta augusta voz que no es ya la voz de nadie, ni de las olas ni de los bosques!" El santo lenguaje atribuye una voz a los planetas y a los astros; de todas las palabras de la tierra, cambia las dimensiones vertiginosas y las hace resonar.

Es entonces necesario decir "crear", si uno se niega a reducir o a contraer, mediante una expresión débil, el vigor característico de las conquistas contemporáneas de la humanidad.

Crear, recrear, cocrear. Aquí se abre un debate intencional y se dibujan dos itinerarios: el de la blasfemia más radical y el de la piedad más profunda, porque la raza divina niega al Dios que crea o bien lo afirma creando; lo recusa en el acto como un mal arquitecto y se absorbe en la Gran Obra del Hombre; o bien intenta adivinar y deletrear su plan soberano y partícipe en su Gran Obra. Se confía al espíritu de la creación y al espíritu de creación o al espíritu creador. Concibe al mundo como una "máquina de hacer dioses" (Bergson), o reconoce en toda máquina, en todo amo y servidor de toda máquina, un reflejo del pensamiento de Dios.

¿Cuál sería la impiedad más culpable: tomarse por un Dios cuando se es un hombre o creerse esclavo cuando se es hijo? Toca al pensamiento religioso y a la experiencia íntima responder.

Pero cualquiera que sea la respuesta, se sabrá en lo sucesivo que es legítimo y necesario analizar la creación, los actos y las obras de la creación en el siglo xx y en todos los dominios.

Hasta ahora, el pensamiento económico es indigente e incapaz para esta tarea.

La categoría de la creación económica no es usual en el saber controlado por la ciencia que denominamos —puede que atrevidamente— ciencia económica.

Las conceptualizaciones corrientes de esta disciplina llevan la impronta de un utilitarismo rígido. La producción es esencialmente una transformación de objetos materiales que se vuelven útiles o más útiles. En una función de producción se escriben las variables: capital y trabajo —pero ya menos fácilmente, la de la innovación. El trabajo es un esfuerzo penoso tendiente a la utilidad, el capital es un conjunto de bienes indirectos enfocados a un plan de utilización, la innovación abate los costos del producto corriente y entrega un producto nuevo. Es hasta muy tarde cuando el economista descubre que las innovaciones de producción están inmersas en las innovaciones de organización (innovaciones organizacionales) que conciernen a los equilibrios sociales.

Si consideramos el desarrollo efectivo de la ciencia económica, comprobaremos que por razones de comodidad ha captado los factores de la producción bajo su aspecto material, como cosas que se ven, se tocan y se enumeran. Se ha apegado más a la inversión que a la innovación, a la acumulación del capital más que a la novedad estructural del capital. El

marginalismo rehuye las heterogeneidades y las indivisibilidades; uno comprende sin trabajo por qué, luego que ha penetrado el motivo y los límites de sus procedimientos intelectuales. El crecimiento es fácil de entender si se le reduce al trabajo y al capital acumulados. La noción de acumulación de innovaciones se esfuma: las innovaciones no se acumulan sino que se combinan en épocas en que su aparición y sus efectos son más o menos acumulativos; pero esta idea de periodos de emergencia y de consecuencias acumulativas de las innovaciones no tiene relaciones directas con la idea de una acumulación de objetos materiales.

Limitada por una preferencia por la materialidad, asimilada, pero equivocadamente, con la actitud objetiva, la ciencia económica ha estado obsesionada por la categoría de lo útil, por la utilidad neutra (ofelinidad), como si las significaciones, los sentidos mismos estuvieran privados de rendimiento, asimismo, económico.

La ciencia económica ha construido sus sistemas conceptuales partiendo de las experiencias de la sociedad traficante. Por tanto, el trabajo, el capital y la innovación serán definidos con relación al mercado y a sus cuasimecanismos. El mercado será interpretado en términos individualistas como una red de intercambios entre unidades simples que maximizan sus utilidades neutras.

La posición en que se concibe y trabaja intelectualmente, elimina los fenómenos colectivos y sociales. Ninguna esperanza hay en consecuencia de que la ciencia económica alcance jamás los hechos de creación colectiva: por deslumbrante que pueda ser su realidad, serán descompuestos en fenómenos individuales y esta descomposición escamoteará al mismo tiempo la originalidad de lo que es "creación" y de lo que es "colectivo" o "social".

Si uno quiere escrutar más de cerca aún la estructura lógica de nuestra disciplina en su estado presente, encuentra que para ella es paradójico admitir la creación económica y la creación colectiva como un objeto de conocimiento científico. Los modelos económicos de que disponemos son en su mayor parte deterministas; las variables aleatorias no son en ellos introducidas sino poco a poco; los modelos en términos de *stocks* son todavía en gran medida ejercicios académicos. Por otra parte, la creación implica espontaneidad e imprevisibilidad y la creación colectiva asume estos dos caracteres; por tanto, todo esfuerzo de conocimiento objetivo y comunicable al respecto, parecería destinado al fracaso. Sin embargo, es un recurso y una promesa específica de este tiempo. Las sociedades industriales y económicas lo atestiguan en el cenit de su progreso. ¿Estarán condenadas a no saber jamás lo que hacen?

Al no creerlo así, dedicaremos una reflexión atenta y bastante minuciosa: 1º A lo específico de la creación; 2º A la creación colectiva en la economía, y 3º A los componentes de la creación colectiva en la economía de nuestro tiempo.

## I

### LO ESPECÍFICO DE LA CREACIÓN

*La recreatividad como un recurso humano.* Más arriba de los niveles más modestos de la “vida de los negocios” puede verse al empresario contemporáneo acucioso para sacar partido de la creatividad de su personal.

Hacia 1930, un publicista, Alex F. Osborn, inventa el método de la “amalgama de cerebros”, asimilada muy placenteramente en la literatura para hombres de negocios como una técnica del pensamiento creador *creative thinking*, y por los comentaristas franceses, a la aplicación del capital-imaginación, de la firma. La cosa es mucho más modesta que la etiqueta; se reúne una pequeña fracción del personal de una empresa y se recogen sus sugerencias, en un dominio especial bien delimitado. Según el método Osborn, una pregunta preparada por la dirección y por especialistas, sobre el mejor *slogan* publicitario de una fibra nueva, será planteada a una docena de personas; las ideas reunidas serán analizadas y seleccionadas por un especialista, y entre ellas la dirección escogerá. Según el método Gordon, la imaginación del personal se pondrá en movimiento en condiciones análogas, estimulada por el contacto con una cuestión práctica; por ejemplo, buscar una nueva podadora de pasto conforme a esquemas predeterminados de modificación (adaptación, amplificación, reducción, combinación, etc.). Parece que los resultados son provechosos, puesto que estas técnicas se han propagado. Le gusta a uno recordar seriamente que la General Electric ha puesto en marcha cursos de creatividad en 17 de sus fábricas, y que 450 de sus ingenieros los han seguido con fruto. En un nivel diferente, la imaginación del personal de dirección se ha impresionado con los “juegos para formar”, que son también “juegos para crear”; Adolf Galliker lanzó en 1926, en Suiza, la técnica de las “casas de comercio ficticias”. Moreno y su escuela han traspuesto el psicodrama del plan clínico al de las relaciones humanas y las motivaciones.

Se hacen homenajes significativos a las facultades imaginativas orientadas, tal como es natural en una sociedad traficante, hacia la búsqueda del lucro. Diálogos falsos, intercambio de palabras truncadas y severamente

orientadas: las imágenes y los esquemas de acción serán elegidos o rechazados para servir al dinero.

Sin embargo, en la medida en que la sociedad traficante se convierte en sociedad industrial, la aplicación de la creatividad cambia de formas y de contenido; la industria y los conjuntos industriales se emplean sistemáticamente para adquirir la mayor experiencia y sobrepasarla.

La primera de estas tareas arrastra por sí sola un grande y costoso esfuerzo de acumulación, de clasificación, de actualización y de transmisión de los conocimientos adquiridos. Es la tarea de las organizaciones públicas y privadas que conservan y propagan la ciencia y la técnica ya hechas, proceden a las operaciones de estandarización y tratan de hacer que se comuniquen las especialidades entre sí y con el conjunto completo de la ciencia y de la técnica.

A medida que aumenta la complejidad científica, técnica e industrial, una función particular se define: la de los individuos que tienen por destino social, en un sector técnico, en una actividad industrial o en una disciplina científica, producir novedades. La investigación pura y aplicada, cada vez más organizada, sostenida e influida por los poderes públicos, anima la investigación propiamente económica. De la investigación de laboratorio a la planta piloto y de allí a la producción industrial corriente, la novedad penetra en los medios en que se propaga en función de la competencia y de la creatividad: porque la imitación creadora, la adaptación creadora, no son menos necesarias para alcanzar el propósito que la invención o el descubrimiento iniciales.

En este proceso de propagación, la contradicción no está solamente entre la posesión de la mejor experiencia adquirida y la superación de ese nivel: también se encuentra entre la ventaja particular de un sector (tal industria, tal firma, tal nación) y la ventaja común de un conjunto más amplio (una economía nacional, un grupo de naciones o, al máximo, la humanidad). El desenvolvimiento de la investigación y la rapidez de su propagación son contrariados por el cuasi-monopolio del conocimiento científico y técnico, que es inseparable de una economía individualista, y por los cuasi-monopolios colectivos que resultan de la división del mundo en naciones agrupadas en alianzas y en coaliciones. La aplicación de la creatividad en las sociedades humanas ha comenzado apenas. Sus progresos dependen de la invención de equilibrios sociales nuevos y de formas de vida social en que un proyecto colectivo favorece la comunicación libre y sin reticencias de la mejor experiencia adquirida, y, no menos, de la organización metódica de su superación por medio de trabajos colectivos y socializados.

Nosotros ignoramos todo lo que podría ser nuestra creatividad colectiva y social, porque todavía no hemos intentado sacar partido de ella.

Todo ocurre como si las sociedades científicas e industriales se comprometieran en una vía en que ellas superan el espíritu y los procedimientos de la sociedad traficante, utilizando todavía, sin embargo, su marco y sus motivaciones. Los grupos y las sociedades que progresan acumulan el trabajo y el capital y organizan innovaciones; pero, al fin de cuentas, su movimiento depende de una aptitud a crear cuya urgencia se vuelve manifiesta.

El espíritu humano no crea a partir de nada, sino a partir de una experiencia. Su creatividad, en formas insignificantes en cada uno y en forma explosiva en los "creadores", se compone de tres factores:

1º Los individuos son desigualmente receptivos: poseen en grados diferentes la aptitud y adquieren, más o menos, la capacidad de recibir y de retener una masa de información y de informaciones variadas. Esta cualidad no se concibe bien sino en término dinámicos: implica la curiosidad el despertar la predisposición; se opone al rechazo, a la selección fijada de una vez por todas, a la satisfacción derivada del goce apacible de un patrimonio intelectual que el sujeto sentiría haberlo acumulado, como cuando uno amasa cosas inertes o como se posee una colección de objetos.

El espíritu abierto está insatisfecho y pone hoy a discusión sus conquistas de ayer y no acepta fronteras sino con impaciencia y por método; aplica espontáneamente el consejo de Sainte-Beuve: "Nunca cree haber ya llegado"; sabe que el espíritu jamás llega, que no acaba nunca, que se negaría si olvidara que es una espontaneidad y un movimiento sin término.

2º Los individuos son muy desigualmente "aptos para" y "capaces de" combinar la información de que disponen, según los esquemas conocidos. Así que calculan con más o menos seguridad y rapidez; aplican más o menos venturosamente los conocimientos adquiridos y las reglas establecidas para trazar un modelo, para traducir un texto, para componer una prosa sobre un tema dado: estos ejemplos se aproximan justamente porque son muy diferentes; se podría mostrar a propósito de cada uno de ellos, por una parte, las desigualdades en los resultados y las diferencias irreductibles en los estilos personales; por la otra, el coeficiente irreductible de pasividad o de invención de un espíritu, en el arte de hacer lo que sabe hacer usando procedimientos experimentados. Sería vano tratar como puramente instrumental esta capacidad combinada que, por mediación de la imitación creadora, del arranque casual, del estado progresivo de conciencia de objetivos nuevos, hace surgir numerosas ocasiones de superación.



3º Los individuos son muy desigualmente aptos y hábiles para encontrar esquemas combinados nuevos. Procedimientos de cálculo inéditos o renovados, tipos más elegantes de soluciones, métodos o estilos nuevos de traducción, etc. A medida que uno se aleja del tema dado, se abre el mundo de las hipótesis adivinadas, ensayadas, elaboradas —y de las ideas generadoras, es decir, de las progresiones posibles del espíritu, de simples orientaciones o de encaminamientos preparados.

Se dirá que un espíritu es creador si en general es abierto y dispuesto a combinar lo que acoge y a encontrar nuevos esquemas combinables; es ya una aproximación inicial que invita a rodear de más cerca el acto creador.

La energía creadora, la *Produktivkräfte* y la *praxis*.

Aquí tenemos, desde luego, la ocasión para la crítica de la noción marxista de fuerza productiva (*Productivkraft*, *Produktivkräfte*). Al analizar se demuestra que ella implica la noción de potencia creadora que pone a discusión las dialécticas construidas por K. Marx.

Para K. Marx, la conciencia humana es reflejo de la naturaleza y del *habitat*, es decir, de la infraestructura técnica y económica. Las relaciones materiales de producción (*Produktions-Verhältnisse*) son engendradas por las fuerzas productivas; la conciencia refleja las relaciones materiales de producción (empresa capitalista, unidad socializada de la economía soviética), que son en sí mismas la expresión de la ciencia y de la técnica de una época y de un medio históricos. En cuanto al resto, el derecho, la religión, la filosofía, el arte, la moral, componen sólo una superestructura.

Supuesto que la infraestructura y la superestructura reaccionan una sobre otra, lo esencial será explicar cómo la infraestructura cambia en el curso de la historia: es sobre este punto crucial que se deberá juzgar la teoría de la conciencia-reflejo. La conciencia refleja la naturaleza y las relaciones materiales de producción. ¿Por qué y cómo este reflejo engendra nuevas etapas de la ciencia y estados nuevos de relaciones materiales de producción?

La respuesta no es unívoca en los numerosos textos de K. Marx que la proponen. Todas parecen situarse entre dos posiciones extremas. En las *Teorías de la plusvalía*, se lee: "Milton ha producido *El paraíso perdido* por la misma razón que un gusano de seda produce la seda", y en un lugar famoso de *El capital*: "Lo que distingue al arquitecto más torpe de la abeja mejor, es que el arquitecto levanta su edificio en la imaginación, antes de erigirlo en la realidad." Al final de cada proceso fabril, "se obtiene un resultado que existía ya en la imaginación del trabajador al iniciarlo".

No sería muy difícil poner en contradicción un texto con el otro. En tanto que la ciencia no haya demostrado que no hay nada en el gusano de seda que se parezca a una imagen motriz del medio circundante, el comentarista que niegue la contradicción también tendrá algo que decir. En el supuesto, sin embargo, de que admita que existen muchas más formas de casas —e imprevisibles— que las que existen de capullos; supuesto que además admita que la diferencia entre el arquitecto y la abeja debe también encontrarse entre el escritor y el gusano de seda.

La conciencia humana no refleja la naturaleza y las relaciones materiales de producción como el agua refleja el paisaje, deformándolo siempre de la misma manera en las condiciones físicas dadas; ella introduce una novedad que hasta ahora no está sujeta a ninguna ley determinable de repetición. La conciencia humana es un “reflejo” que reexpide a la naturaleza y al hombre un mundo nuevo e imprevisible. Ella reflejaba ayer el molino de viento y ahora una central termonuclear; si tiene por nombre propio a Spinoza, refleja la *Ética*; si se llama K. Marx, refleja el *Manifiesto Comunista*. ¿Por qué disputar sobre el vocabulario? Luego que un pensador ha repetido que el hombre tiene un ser genérico, un *Gattungswesen* que transforma radicalmente la naturaleza y que la humaniza, es necesario saberlo gustoso, asimismo, al precio de incertidumbres en la expresión, de haber invitado al hombre a distinguirse de la abeja y del gusano de seda. Nuestra conciencia tiene una manera propia de “reflejar”, ella refleja renovando.

Podemos esperar no ser infieles a K. Marx aceptando que la conciencia humana imagina y proyecta, que hace sufrir a la imagen modificaciones tales que se convierte en proyecto y el proyecto en una obra nueva.

Esto es suficiente para que las relaciones entre la infraestructura y la superestructura sean inciertas y para que sus dialécticas “liberadas” nos alejen de interpretaciones empobrecedoras que se han impuesto a menudo al pensamiento marxista.

Desde Juego, la separación sumaria y brutal entre las fuerzas productivas y las relaciones materiales de producción aparece en adelante bastante vana, porque la conciencia humana reacciona frente a unas y otras mediante una nueva representación.

En el dominio de la ciencia, ella elige, no es, dice R. Oppenheimer, “completamente predeterminada” por el saber adquirido; es libre, por ejemplo, de inventar la idea de la carga eléctrica; pero una vez que lo ha hecho, le es ineludible reconocer que “no hay elemento constitutivo de la materia que posea una carga distinta a la del electrón o a la de su contrario, o que no tenga ninguna. Surgida de una imagen, la idea se lanza

progresivamente en los rigores de la verificación de coherencia y de las pruebas experimentales, y esas pruebas se organizan según proyectos imaginados, luego formalizados, calculados y materializados mediante aparatos e instrumentos.

Estas exteriorizaciones suscitarán otras imágenes, otras ideas y otras formalizaciones, sin que jamás el proceso pueda parecerse a una serie de acciones repetibles y previsibles.

En cuanto a las relaciones de producción, en la medida en que no se les considera sino como relaciones materiales, son conjuntos de instrumentos y de instituciones; caen bajo el sentido y hacen elevar un mundo de imágenes motrices y creadoras que aprendemos poco a poco a organizar en proyectos y a presentar en sistemas conceptuales que pueden juzgarse mediante pruebas de coherencia y recurriendo a la observación.

La dialéctica: fuerzas productivas (*Produktivkräfte*), relaciones de producción (*Produktionsverhältnisse*), no está sujeta a un sentido único. El carácter motriz y novador de la imagen en la conciencia humana es un dato esencial; no puede ser encajonado en un sector de experiencias arbitrariamente escogido.

Además, antes de la *Produktivkraft* materializada en los documentos de la ciencia hecha y en las obras realizadas por la técnica, existe la potencia creadora de la conciencia humana; es decir, la facultad que ésta tiene de recibir los mensajes de la naturaleza y del medio circundante sin tener que repetirlos pasivamente. La evolución y, eventualmente, el progreso, surgen al fin de cuentas no de fuerzas impersonales de producción, sino de conciencias de hombres que los rehacen indefinidamente y sin término prefijable.

Presionando sobre las "fuerzas productivas" se encuentra la potencia creadora que turba las interpretaciones empobrecidas de las dialécticas marxistas.

Pero más aún que la distinción entre fuerzas productivas y relaciones materiales de producción, la noción de *praxis* está en el meollo del pensamiento marxista y merece ser interrogada a su vez.

La "creación del hombre por el trabajo humano": esta idea, que se encuentra ya en los *Manuscritos* de 1844, es vuelta a tomar por K. Marx en toda su obra. Porque el hombre se crea a sí mismo mediante el trabajo, él es por sí mismo su propio dios. El logro del hombre en el comunismo terminal será a los ojos de un creyente una especie de divinización del hombre; pero no será para K. Marx otra cosa que la plenitud de un ser genérico, de un *Gattungswesen*, que explica todas las fases militantes anteriores. El hombre se crea desde que él trabaja, y al cambiar el mundo

material se transforma a sí mismo; verifica sus conocimientos sometiendo a prueba las resistencias de la naturaleza, y prueba su eficacia ganando contra ella sus victorias. Por el trabajo, la naturaleza bruta se cambia en un *habitat* humano, en un conjunto de "objetos hechos". de obras útiles que se convierten en obras significativas. Al intercambiar estos objetos hechos, cada hombre transforma a los otros. La sociedad de los hombres tiene por garantía la solidez de los objetos hechos e intercambiados, de las fabricaciones transmitidas. La *praxis* crea al hombre por la desviación de la segunda naturaleza, recrea al hombre mediante su actividad fabril, recrea a cada hombre mediante la actividad transformadora de todos los otros hombres. La dignidad de la *praxis* procede de una confianza radical en la virtud que poseen las transformaciones de la materia por la actividad humana, y de una desconfianza simétrica al respecto de las transformaciones del hombre por el hombre que no pasan por la intermediación del objeto hecho.

Esta *praxis* creadora despierta curiosidades relativas a su desenvolvimiento y a su origen. "En la *praxis*, dice un texto conocido, el hombre debe probar la verdad, es decir, la realidad y la fuerza de su pensamiento." ¿Pero cómo nace entonces la representación de una verdad y de una realidad? ¿Cómo se forma el diseño de la serie de acciones y de las operaciones que constituirá la *praxis*? "Los filósofos —prosigue otro texto célebre— no han hecho sino interpretar el mundo de diferentes maneras; pero ahora se trata de transformarlo." Mas, para transformarlo, ¿no es indispensable que se bosquejen y luego se precisen la visión y el modelo de un mundo distinto? ¿Una visión y un modelo que prefigurarán y luego organizarán las acciones y las operaciones de la *praxis*? Antes de "hacerlo", ¿no hay una representación del "hacer" y un proyecto del "hacer"? En la filosofía de Aristóteles, la facultad de contemplación es bien distinta de la *praxis*. Para lo moderno, la imagen motriz le es anterior; una imagen y un mundo psíquico preceden la *praxis* y la envuelven durante todo su desenvolvimiento. La autocreación del hombre comienza en una imagen motriz. Las obras no fijan al obrero, en el curso de la historia y durante largos periodos, el obrero no es prisionero de sus obras: él materializa imágenes convertidas en proyectos; pero, asimismo, cuando se le señalan límites en la determinación de sus propias obras y sufre de alguna manera el peso de éstas, conserva la facultad de sacudir el yugo y de desprenderse; su espíritu en movimiento refleja las obras realizadas; esto ocurre al agregar los elementos de novedad. El mundo imaginado en el desenvolvimiento de la vida de un hombre o de un grupo de hombres, desborda sin cesar el mundo realizado. La multitud actual de objetos engendra, en el espí-

ritu que los deforma, combinaciones inéditas de objetos y una multitud posible de objetos nuevos. En todo rigor, un hombre no puede recrear a otro por un simple intercambio de objetos materiales. Los objetos fabricados y transmitidos producen en el que los fabrica y en el que los recibe, imágenes que los deforman y los hacen renacer. El objeto fabricado no pasa en estado bruto, del círculo de disposición de un sujeto al círculo de disposición de otro: el proyecto que materializa pasa al mismo tiempo que él y será transformado en el proyecto de otro; las imágenes que suscita se deforman en un mundo de imágenes sin cesar renovado en las conciencias. Intercambiamos imágenes y proyectos cada vez que intercambiamos objetos fabricados.

En el transcurso de un tiempo fraccionado en momentos sucesivos, no podríamos comprender la actividad exterior anterior a la imagen motriz. Son los flujos de imágenes los que anuncian en un momento determinado los flujos de las actividades ulteriores. Los actos laboriosos, los esfuerzos penosos y sucesivos, orientados hacia lo útil, no se acumulan como objetos y no tienen por consecuencia una acumulación de objetos con contornos fijos irrevocablemente y de estructura constante. Estas actividades surgen de flujos de imágenes; estos flujos se renuevan en el agente que "hace", y hacen surgir flujos de imágenes que se renuevan en el agente que recibe el objeto "hecho".

*La imagen y el proyecto.*—La imagen que refleja al mundo y a los hombres haciéndolos renacer, pertenece a una vida inconsciente o subconsciente que no conoce ni detención ni fijación, no se repite exactamente de periodo en periodo ni se reproduce sin cambio.

Por otra parte, la imagen está íntimamente ligada a una forma rudimentaria de intencionalidad; esta imagen, acompañada de intencionalidad en estado naciente, puede ser captada por el inconsciente en dos niveles diferentes.

Uno es el inconsciente animal, que contiene los instintos y los movimientos de la vida bajo su modo "nocturno": Las tendencias biológicas rechazadas, los complejos, las pulsaciones orgánicas, los estados cuasi-soñados.

El otro, que se podría denominar inconsciente espiritual, engloba las aspiraciones intelectuales y morales en su estado naciente, los apetitos de valores, las representaciones preconceptuales de obras y realizaciones, recogidas por la memoria en la experiencia de la vida bajo su modo "diurno" y permaneciendo prestas a despertar y al resurgimiento.

Impulsos instintivos de una parte e impulsos activadores por la otra, son llevados por los flujos de imágenes en cada hombre y en las sociedades de hombres.

La intencionalidad, bosquejada en estas imágenes motrices, moviliza gestos de operación y de fabricación y bosqueja un proyecto. El proyecto queda como bosquejo imaginado o bien se determina por un arreglo reflexivo de técnicas operatorias y fabriles. Luego es controlado por procedimientos racionalizados y se inserta en una sintaxis de reglas de eficacia. Solamente la operación y la fabricación no suspenderán el flujo de las imágenes motrices. El proyecto realizado en las determinaciones objetivas de las obras está presto a renacer —fresco y nuevo— en el flujo de las imágenes motrices sacudido por la obra y la realización.

Sucede que el itinerario de la creación se deja captar en la confianza del poeta, sobre todo luego que éste se declara enemigo de la espontaneidad: nosotros sabemos alguna cosa de la transmutación de la imagen en obra, según infinitas exigencias de rigor, al meditar sobre lo que nos han dicho o dejado entrever, el autor de *Herodiade* o el del *Cimetière Marin*.

La inserción progresiva en las cadenas del rigor: conceptualizaciones y formalizaciones, puede también ser descrita por el especialista de la creación científica. Asimismo cuando rehusa, muy justamente, de obsesionarse por la anécdota acerca de la oscilación de la lámpara en la catedral (Copérnico) o sobre la caída del fruto en el huerto (Newton), él sabe que la vida de las imágenes es en lo sucesivo considerada como particularmente fecunda en el progreso científico, y que ciertos grandes avances de la ciencia se han realizado por la representación nueva y bastante tenue de una estructura por oposición a otra distinta y no por modificaciones insignificantes y retoques de detalle impresos a una estructura dada inicialmente.

Cuando se toman en cuenta las creaciones sociales, uno se impresiona lo mismo por el papel de la imagen en los más grandes creadores de acontecimientos y de equilibrios sociales que por la capacidad que han tenido para comunicar imágenes. Alguno ve que una batalla perdida no es una derrota definitiva y se ha hecho en todo tiempo una cierta idea de patria (Charles de Gaulle). Tal otro (W. Churchill), cuando la invasión amenaza, ve a su pueblo entero rebelarse en cada uno de sus individuos, hasta el aniquilamiento o la victoria. Otro (V. I. Lenin), al pasar delante de la Bolsa de Londres, ve una Rusia totalmente nueva en la que el oro servirá para pavimentar las vespasianas. Estos creadores sociales, antes de entrar en los rigores específicos de la política eficaz, son sacudidos por imágenes motrices y ligados a intenciones poderosas.

En cualquier orden que sea, no existe receta segura y cierta para sacar del trabajo acumulado o de innovaciones organizadas, una creación. La

acumulación del trabajo y el arreglo de innovaciones son los medios y los instrumentos de la imagen motriz de la cual surge el proyecto. Esta capacidad de formar imágenes motrices, que en una serie de rigores exigentes conducirán al término totalmente provisional de la obra (útil) y de la obra (significativa) está viviente en cada hombre. En cada uno se distingue claramente de la confección y de la fabricación de objetos. La observación corriente es iluminada por este análisis: ningún hombre sensato ha confundido jamás al creador con el laborioso, ni al innovador con el creador. Solamente ligados por un positivismo estrecho, enemigo del verdadero positivismo, paralizados por un pedantismo de la cuantificación inmediata que renuncia a someter nuevos contingentes al conocimiento cuantitativo, disminuidos también por las pequeñeces de la economía traficante, muchos espíritus se niegan a captar la creación; se privan de alcanzar el resorte decisivo del progreso individual y social.

En cualquier orden que sea, el creador es coautor de los renacimientos ininterrumpidos del hombre, de las sociedades y del mundo; ve, espera, engendra un hombre, una sociedad y un mundo distintos. Rebasa sin límites ni término lo actual y lo realizado; la llamada de los "más allá" y de los "posibles" resuena en su espíritu, en el que emerge una imagen motriz que llega a ser eficaz armándose de paciencia, de precisión y de rigor.

Detengámonos un momento en la especificidad humana de la energía creadora. El hombre se distingue del animal por la complejidad de las relaciones de las que es asiento y por la complejidad de la vida de relaciones de que es capaz. La complejidad de sus relaciones con otro y con el mundo "procede de" y "repercute en" una organización psicosomática en sí misma compleja hasta el extremo. En un cerebro humano, el número de combinaciones posibles de variables es infinitamente grande, y no menos el de los cambios que se pueden hacer a una combinación dada. Los flujos de imágenes que allí se forman y se deforman incesantemente, portan incesantemente la novedad.

Además, una población es un conjunto renovado por la muerte y por los nacimientos. Cada ser único e incomparable con que se enriquece es portador de una originalidad irreductible y llega a un mundo nuevo que se renovará con él y para él. Un número infinitamente grande de nuevas combinaciones posibles de las variables que entran en el campo del espíritu, surge con cada recién venido; que renueva así el mundo de las obras y las realizaciones y participa recibiendo de ellas y reenviándoles imágenes inéditas.

El hombre y la humanidad están así constituidos en estado de creación virtual y engendran sin cesar un movimiento creador. Para comprender la plena virtud de esto, es bueno percatarse de que ni en el agente que crea ni en aquel que recibe el fruto de la creación, la energía creadora no se agota ni en la obra ni en la realización.

No hay producto terminado, siendo éste un objeto útil, una máquina, por ejemplo, la utilidad que ella ofrece no es solamente inferior a la utilidad deseada, no se define sino por la referencia a un estado de las necesidades y de la técnica esencialmente cambiante; desde que la máquina es construída comienza a desvalorizarse, desbordada por el curso de las necesidades aumentadas y cambiantes y por el de las técnicas realizables. Por esto es que el capital o la empresa no subsisten y no se conservan sino renovándose.

No hay obra cumplida, la obra tiene un sentido y una significación. Apenas hecha, engendra para su autor y para sus beneficiarios un sentido nuevo y nuevas significaciones posibles que desvalorizan las traducciones antecesoras y provisionales. Desde el momento en que está hecha, se convierte en presa de los espíritus que la destruyen de alguna manera y en su movimiento suscitan la obra nueva. Paul Valéry ha dicho de la obra, que ella es “sed y fuente”; se hace con el deseo que ella no apaga, ella hace nacer en el otro, el deseo que no será apagado.

La obra y la realización, surgidas de la energía creadora, la suscitan. Esto es lo esencial, porque la más útil de las obras lo es menos que la capacidad de crear objetos útiles. La más significativa de las obras lo es menos que la capacidad de despertar, que el arte de inventar un sentido y significaciones. ¿Se admite esto? La creación no es jamás, sin más, una creación de objetos, la creación humana es una creación de criaturas; científica, artística, social o económica, es la creación del hombre por el hombre, mediante la obra, la realización y la palabra.

## II

### LA CREACIÓN COLECTIVA Y LA ECONOMÍA

*Las dos fases de toda producción: Producción de las cosas y producción de los hombres.*—Las sociedades occidentales en la época industrial (principalmente desde fines del siglo XVIII) han titubeado en reconocer explícitamente que toda producción económica tiene dos fases: cambia las cosas y cambia los hombres.



Cambia a los hombres en el proceso de la fabricación de los bienes y en el de su empleo. La atención prestada al efecto sobre las cosas y rehusada al efecto sobre los hombres se comprende sin trabajo en las perspectivas de la historia. La industria inicial ha producido cosas consumiendo a los hombres. El "equilibrio" natural al nivel de la subsistencia fisiológica descrito por los primeros clásicos entraña la deterioración o la muerte de los hombres si se acentúa hacia abajo; no es, por tanto, sino una expresión abstracta y eufemística de un hecho brutal: la producción y la acumulación de las cosas, son preferidas a la vida y a la expansión de la vida en la multitud.

Los progresos materiales y la emancipación de las clases dominadas introducen en las contabilidades los costos sociales, es decir, los costos de un estatuto humano de la vida para todos. El rendimiento económico de los costos sociales no se ha ido reconociendo sino lentamente y de mala gana, y aún continúa, prácticamente, discutido. Es un hecho que la "amortización humana" no penetra sino incompleta y muy indirectamente en las contabilidades privadas y en las contabilidades nacionales. El hombre entra ahora en la línea de las cuentas; sin embargo, las contabilidades que le conciernen permanecen rudimentarias.

Su progreso está frenado por un cierto uso que se hace corrientemente en el Occidente, de la distinción entre lo ECONÓMICO y lo SOCIAL: lo "Económico" se valoriza en términos de rentabilidad por las instituciones existentes de la economía de mercado; lo "Social" engloba los costos y los rendimientos humanos que, EN EL CUADRO DE LAS INSTITUCIONES EXISTENTES, no se expresan rápida ni cómodamente por el dinero y con referencia al sistema actual de precios. Paradójicamente se hace sospechoso de falta de rigor el economista que exige cuentas rigurosas, si pide que no se omitan los rendimientos y los costos humanos de la fabricación de las cosas; se le objeta que no está en condiciones de valorizar cuantitativamente bien esos elementos; y en lugar de inferir que es necesario extender las estadísticas y afinar las contabilidades, se concluye que es mejor no tomar en cuenta lo que no se sabe todavía valorizar rigurosamente.

Lo social, los gastos sociales y los rendimientos sociales toman así la apariencia de una especie de excedente, de añadidura arbitraria, que intentan los espíritus "generosos" y "utópicos", pero que no es del dominio de la "ciencia"; es exactamente lo contrario, lo que es verdad; el saber y la práctica económicos no se establecen en un nivel científico sin antes abjurar de las contabilidades inexactas.

Pero la distinción de lo Económico y de lo Social llena una función distinta más sutil y no menor ventajosa para las clases dominantes. Lo

Económico es el intercambio de objetos materiales que tienen un precio: uno se abstiene de averiguar acerca de los signos y los símbolos que los transportan. Así se extinguirá mejor toda curiosidad acerca del sentido o la falta de sentido del funcionamiento cotidiano de la economía. Demos algunos ejemplos: Una diferenciación extraordinariamente refinada de las mercancías de lujo coexistiendo con los malos hospitales y las escuelas deterioradas, significaría que las realidades elementales y profundas de la vida son menospreciadas en beneficio de lo que es agradable para un pequeño número. La desviación de los capitales de los puntos en que su empleo puede salvar o valorizar las vidas humanas amenazadas, hacia otros puntos en que producen un lucro elevado, SIGNIFICA que las declaraciones de los Derechos del Hombre no son de ninguna manera tomadas en serio; así que, en consecuencia:

Estos hechos indiscutibles son disimulados en las abstracciones tranquilizantes sobre los "datos" que son los sistemas de preferencia de los sujetos.

El funcionamiento mismo de las economías occidentales (y puede ser que, por otras razones, de las economías del Este) secreta la banalidad y el envilecimiento. En una medida que debe ser analizada con precisión para cada caso concreto, si ha sido hasta hace poco devorador de hombres, es aún destructor de valores; lo es a los ojos de los espíritus reflexivos que se esfuerzan en comprenderlo; lo es también por una acción directa y continua sobre la multitud: por los hábitos sociales que contribuye a darle y por los reflejos sociales que le inculca.

La producción de la cosa, CONTRA el hombre, ha sido una realidad histórica y persiste como realidad contemporánea; es necesario recordarlo a aquellos que —en cualquier régimen que sea— creerían que la producción del hombre por el hombre es un proceso en vía de realización cierta, fácil y rápida.

*La afirmación de la producción de los hombres en el siglo XX.*—No es, sin embargo, dudoso que la PRODUCCIÓN DE LOS HOMBRES se afirma en la industrialización tal como es, de una manera relativamente independiente de las preferencias morales.

La industria de los países desarrollados requiere una mano de obra calificada, técnicos experimentados y consumidores evolucionados. En las grandes naciones, ella se apega de una manera más o menos visible al desenvolvimiento pleno de los recursos humanos potenciales. Las inversiones llamadas intelectuales y las ECONOMÍAS DE EDUCACIÓN se convierten en partes integrantes de la política industrial y de la ciencia aplicada a la industria. La dinámica de los grupos y la ciencia de las relaciones humanas

contienen la promesa ambivalente de una industria que gana más y de una sociedad donde los contactos humanos están menos olvidados. Estos cambios no preparan espontáneamente la expansión de los hombres y del hombre; pero la industria ha empezado a hacer en su beneficio lo que podría ser canalizado en beneficio de la sociedad entera.

El trabajo, orientado por largo tiempo hacia el objeto ÚTIL, de una utilidad neutra (ofelinidad), comienza a orientarse hacia el objeto benéfico, es decir, sometido a algún control imparcial de la ciencia de las necesidades humanas; este objeto benéfico en sí mismo tiende a convertirse en un objeto HUMANIZADO, porque el control de la ciencia no puede ser separado de un principio de civilización.

En cuanto a la innovación, ésta no es ya sólo la técnica o el procedimiento que abate los costos de un objeto o que entrega un producto nuevo; se aplica también a modificar al sujeto, al ser psicosomático, para procurarle un equilibrio vital y para situarlo en un buen equilibrio social. Las innovaciones de la biología aplicada y la "innovación de organización" conciernen a las relaciones humanas: ellas desbordan la novedad materializada en el objeto mercantil.

Por tanto, no se asombrará uno de que el análisis económico moderno, en las investigaciones extremas de un von Neumann o de un Piero Sraffa, relegue las funciones de gasto y las ecuaciones del consumo, para apearse a las condiciones objetivas del régimen permanente o del crecimiento de un conjunto económico. Y se encontrará natural que la técnica matricial registre entre los objetivos de su "sector abierto" al lado del consumo, los empleos públicos y las inversiones bajo todas sus formas. Es que la producción —aún titubeante— del hombre por el hombre, pasa POR OTROS CANALES ajenos al gasto de consumo, motor y fin de la economía clásica.

*Dos dialécticas para el porvenir: La sociedad de los trabajadores sin trabajo; las reglas de la rareza y de la sociedad de la abundancia.*—Cuando nosotros decimos que la producción del hombre por el hombre gana terreno, atraemos la atención sobre dos tendencias observables en las naciones evolucionadas. Estas se acompañan de contradicciones motrices, y si se les lleva hasta el límite, manifiestan la inevitabilidad de la acción consciente del hombre sobre el hombre, es decir, EL CONTENIDO INELUDIBLEMENTE MORAL Y POLÍTICO DE LAS SOCIEDADES HUMANAS.

Consideremos los efectos y las promesas de la automatización. Ésta no es la automatización de detalle, sino el acoplamiento de la máquina de cálculo, de la máquina de control y de la máquina de fabricación.

Este complejo ordenado plantea desde ahora, y con una agudeza sin igual, el triple problema de la superproducción, del desempleo tecnológico y de la desigualdad entre los estatutos de diversos asalariados y de diversos puestos de trabajo. No es sino por un conjunto de decisiones conscientes, de coordinación, que son organizados: la reabsorción del producto a precios más bajos, la reabsorción de la mano de obra liberada y la regulación de las desigualdades entre los salarios y las situaciones en el seno de la nación. La invención de nuevos equilibrios sociales debe tomar el sitio de las espontaneidades y de los cuasi-mecanismos económicos.

Al pasar al límite, se comprende el alcance revolucionario de la automatización. Que uno suponga la mayor parte del trabajo de ejecución rechazado sobre los esclavos mecánicos y confiado a los sistemas automáticos. Un pequeño número de trabajadores y de controladores de máquinas, altamente calificados, obtienen con un utilaje perfeccionado, todo el producto social. Ellos producen para sí mismos y para todos los otros. ¿Pero quiénes son los otros? El conjunto de trabajadores eliminados permanentemente por la tecnología y el conjunto de los inadaptados, de aquellos que son incapaces, por cualquiera razón que sea, de participar, en la producción bajo sus formas nuevas. Si se persistiera en juzgar según los criterios económicos corrientes (nada de remuneración sin producto), esta masa de individuos debería ser eliminada sin apelación. Si no lo es, es por efecto de un principio de civilización que funda una economía distributiva; es necesario que sea reconocido y practicado para que una multitud de individuos que ya no participan en la producción de las cosas, participen todavía en la sociedad de los hombres.

Tal es la dialéctica de una sociedad de trabajadores sin trabajo. En la transición, la sociedad fundada sobre el trabajo está amenazada de desempleo masivo. En extremo, el trabajo penoso y orientado hacia lo útil, siendo el hecho de la máquina, la sociedad está obligada a practicar una regla de solidaridad que desborda al trabajo y que, al menos, incluye una preferencia acordada a la vida, contra la eliminación de bocas inútiles.

No menos impresionante es una dialéctica entre la ECONOMÍA DE LA RAREZA y la SOCIEDAD DE LA ABUNDANCIA.

La economía occidental está pensada y organizada según el principio de la rareza. El valor económico nace allí de un desequilibrio entre el número de utilizaciones posibles y el número de bienes presentes. Esta rareza puede bien ser considerada como ineliminable teóricamente. De hecho, los medios de la industria permiten, a pesar de los despilfarros de los capitalismos históricos, considerar la concesión a cada quien de un MÍNIMUM VITAL y el arreglo, para ventaja de todos, de ZONAS DE GRATUIDAD.

La economía de la abundancia no se ha convertido en una idea-fuerza, sino porque puede referirse a realidades y a tendencias observables.

Prolonguémoslas hasta el extremo. He aquí una sociedad en la que cada uno tiene el mínimo vital. Si éste se asegura sin ninguna condición, el bribón abunda; si debe ganarse, es necesario que la abundancia no sea vencida sino parcialmente, o bien que los móviles extraños a la economía de la rareza (sentido del deber, honor social) vengan a reemplazar el miedo de la miseria y el apremio de la necesidad. En cuanto a las zonas de gratuidad, a los conjuntos de servicios que son puestos "por nada" a la disposición de todos, ellos suponen un acuerdo sobre las prioridades sociales. En suma, la sociedad de la abundancia, en extremo, supone la invención de móviles nuevos y el acuerdo sobre un proyecto colectivo.

Las dos dialécticas a la obra en las sociedades contemporáneas requieren un plan o un programa, es decir, un orden consciente de las cosas contabilizables en el cual los hombres se entreproduzcan. Mas el éxito económico se afirma, más grande es el poder de la sociedad sobre las cosas y más aguda también es la urgencia del diálogo entre los hombres sobre la manera de vivir que conviene al hombre y sobre las reglas del bien vivir; sobre el código común de una vida humana entre los individuos, de las situaciones y de las funciones que escapan ampliamente a las disciplinas industriales.

En este punto, los hombres no se producirían más los unos a los otros, solamente por el intercambio de los objetos hechos, por la cooperación en la fabricación del *habitat* común; se necesitaría que buscaran juntos *CÓMO VIVIR ALLÍ COMO HOMBRES*, descubriendo el sentido de su vida al interrogar a sus compañeros; es decir, participando en un diálogo sobre lo esencial, sobre el sentido y sobre las significaciones indefinidamente reinventadas de una vida de hombre y de la vida de los hombres.

### III

#### LOS TRES COMPONENTES DE LA CREACIÓN COLECTIVA Y LA ECONOMÍA DE NUESTRO TIEMPO

Este examen de tendencias y estos pasajes en extremo, no tienen otro propósito que el de abrir los ojos a la realidad ya presente e indiscutible de la CREACIÓN COLECTIVA en la economía de nuestro tiempo.

Esta tiene, cierto, DIMENSIONES y GRADOS variables; nos es factible captarla en realizaciones industriales características, pero que no mencionamos

sino para evitar un error. La invención y el lanzamiento de prototipos, en las oficinas de estudios de las grandes empresas, ponen en discusión numerosos equipos y procedimientos complejos. Los progresos de las "técnicas de vanguardia" en el dominio del átomo y del espacio o en el de la aeronáutica (la realización del Boeing franco-inglés, que hará en tres horas el servicio Europa-New York), están ligados a operaciones colectivas de industrias y, a veces, de naciones. La exportación de COMPLEJOS INDUSTRIALES, de las acerías por ejemplo, requieren la cooperación de varios grupos industriales y de varias naciones. Estos casos y aquellos que se podrían agregar, son sintomáticos.

Ellos nos conducen al borde de la creación económica colectiva a la escala de la nación (y ya del grupo de naciones) que nos interesa a título principal. Esta se analiza en tres componentes: la ascensión social, la obra colectiva y el proyecto del hombre.

Cada uno de ellos es un dato de hecho y un material para la acción, una característica de este siglo y una promesa del porvenir que ofrece; todos atestiguan que estamos en estado de creación colectiva y que es tomando conciencia de esto como realizamos las virtualidades de nuestra época.

*La ascensión social.*—El dinamismo de la ascensión de las clases sociales y de las naciones, escamoteado por los análisis individualistas, ha sido, desde los comienzos de la gran industria, el resorte más potente de la evolución de las economías occidentales. El Reino Unido se convirtió en el "déspota de la economía mundial", como decía K. Marx, al mismo tiempo que las burguesías de los negocios suplantaban a los propietarios territoriales y contenían a los trabajadores asalariados. La Alemania de Guillermo conquistó el rango de una economía imperial con la ascensión de las burguesías industriales, el descenso relativo de los Junkers y la política social de Bismarck, que cedía una parte del botín a la clase obrera. Los Estados Unidos, faltos de un antiguo régimen, conocieron una evolución un poco diferente, conquistando la primacía mundial contra la potencia excolonizadora; el Reino Unido, con el arranque de sus clases de *businessmen* y al favorecer una cierta participación de los trabajadores en la prosperidad.

Esas ascensiones no ofrecían las complejidades ni las dificultades de las ascensiones sociales de hoy. Los procedimientos de las economías dominantes son mejor conocidos y han sido objeto de una reflexión sistemática; además, la potencia soviética es campeona de un régimen económico-social hostil al capitalismo.

Las burguesías, formadas desde hace largo tiempo, se diversifican en el capitalismo financiero y monopolista; la clase de los trabajadores asalariados se diversifica también; los directores asalariados, organizadores, ingenieros especialistas, forman una categoría de una importancia creciente.

En fin, la aspiración de las naciones nacientes y de los proletariados excoloniales, representa una combinación histórica de fuerzas que es una novedad, porque los proletariados excoloniales no son en su mayoría proletariados industriales, y porque la industrialización de las naciones jóvenes se opera y se realizará en condiciones inéditas.

Las fórmulas muy simplificadas y vulgarizadas del marxismo sobre el antagonismo de dos clases —globalmente definidas— considerado como la llave de la historia mundial, no son mejor utilizables que los esquemas individualistas. Es necesario interpretar de nuevo las ascensiones sociales. Los intereses materiales e inmediatos de las clases obreras en los capitalismos evolucionados son, en una gran medida, opuestos a los de los proletariados excoloniales; el excedente de producto que aquéllas reciben no va a éstos en forma de transferencia solidaria. Los intereses materiales e inmediatos de los directores, ingenieros, trabajadores altamente calificados y especializados, son en una gran medida opuestos a los de los trabajadores de ejecución. Como siempre en la historia, el dinamismo de las ascensiones sociales es el motor del desarrollo y del progreso, pero nunca su rendimiento económico ha sido tan poco fácilmente deducible de una simple receta. Es necesario reinterpretar este dinamismo para utilizarlo y volver eficaces económicamente mediante instituciones apropiadas, los cambios del nivel de aspiración y de espera de las clases en ascenso y de las naciones jóvenes.

Los poderosos movimientos de las masas humanas contienen la energía que se requiere para cambiar la faz del mundo: los grandes creadores de la economía contemporánea se esfuerzan en captarla; esta energía humana es más decisiva que las más temibles energías naturales. La inventiva que utilizaría sobrepasaría en consecuencias el empleo de la energía atómica.

*La obra colectiva.*—Las realizaciones más características de la economía del siglo xx son de un tamaño, de una complejidad y de una naturaleza tal, que desbordan la categoría de lo útil. La empresa gigante, por su dimensión, la extensión y la duración de sus planes estratégicos y la complejidad de las organizaciones de conjuntos humanos que opera, es casi política. Los grandes trabajos del siglo xx, así como aquellos del siglo precedente, pero más manifiestamente y con una aceleración de los cam-

bios técnicos y sociales, son obras significativas, tanto como las que están orientadas hacia la utilidad. Tal es el caso de la explotación de los desiertos y de las zonas áridas, de las grandes vinculaciones internacionales y mundiales (túnel bajo o puente sobre la Mancha, los satélites de comunicación), o la fundación de ciudades capitales (con el propósito de iniciar una nueva fase del desarrollo, como Brasilia), los arreglos combinados de instalaciones industriales, de redes de transportes y de comunicaciones. El contenido, el marco (nacional, transnacional, mundial) de estas obras colectivas, exceden las interpretaciones y las prácticas del utilitarismo tradicional.

Claramente, en los programas y los planes indispensables de estas obras colectivas, los procedimientos del cálculo económico individualista resisten. Los precios contables, los *shadow prices*, que son utilizados son tomados como préstamo de la economía traficante y la suponen o la miman. Pero la necesidad de cálculos colectivos a la medida de las obras colectivas se hace sentir y conquista poco a poco derecho de ciudadanía.

Estos cálculos colectivos llevan una doble marca:

Expresan EFECTOS OBJETIVOS hechos notar con la ayuda de la ciencia: se refieren a las raciones "normales" a las condiciones médicas e higiénicas "normales" del trabajo y de la vida.

Por otra parte, se aplican a GRUPOS CONCRETOS, socialmente estructurados, compuestos de hombres cuyas situaciones y funciones son objetivamente caracterizadas por la ciencia.

Estos cálculos colectivos tienden a favorecer los mejores itinerarios de propagación, y a los menores costos humanos la difusión de los aumentos del producto real en una red de intercambios y de traslaciones cuyo sentido se hace inteligible y se universaliza.

*El proyecto del hombre.*—Es decir, que la economía moderna que se convierte en una obra colectiva, es sostenida por un PROYECTO DE HOMBRE.

Economía de programas y de planes, la orientación y el arbitraje que impone en escala nacional se justifican y se legitiman por el tipo de hombre que anuncia. Economía de programa y de planes que tienden a llegar a ser plurinacionales, ella tropieza con obstáculos que no pueden ser salvados o evitados sino en caso de que los coasociados acepten, al menos, buscar juntos, en las luchas y en el diálogo, UN ESTILO NUEVO DE VIDA para el hombre.

La querrela del hombre es evidentemente la que domina la economía de este tiempo y prácticamente lleva en sí las modalidades de la socialización del hombre, de sus grupos y de la especie entera.



Es de la creación del hombre por el hombre de lo que es necesario hablar para señalar la magnitud de la economía del siglo xx. El hombre no es, para hablar correctamente, PRODUCIDO por el hombre. La idea de "producción" es bastante dependiente de la de "fabricación" para ser conveniente a la vasta acción que se discute. El *reconocimiento* del hombre por el hombre es un movimiento totalmente distinto y evoca el único progreso verdaderamente humano: un progreso en conciencia y en libertad que, para que sea una aventura y una tarea del espíritu, no tiene ni itinerario predeterminado ni término previsible.

Admitir una SOCIEDAD TERMINAL para la especie sería desconocer los recursos ilimitados e incontenibles del dinamismo humano.

Lo que nosotros sabemos y lo que esperamos de él, nos da razones y motivos para concebirlo como un DIÁLOGO SIN TÉRMINO DE LOS CREADORES.

*(Traducción de Hugo Rangel Couto)*